

mismas son corporaciones de esta naturaleza. De lo contrario, bien podríamos en Inglaterra declarar una guerra implacable á todos los franceses, en memoria de los males que nos han hecho en diferentes épocas de nuestras mútuas hostilidades: y vosotros en Francia podríais igualmente descargar sobre todos los ingleses en memoria de los males mucho mayores que han afligido la nacion francesa en tiempo de las invasiones de nuestro Enrique y de nuestro Eduardo. En verdad, tendríamos mutuamente tantos motivos que nos justificaran en medio de estas guerras destructoras y recíprocas, como teneis vosotros en las persecuciones del todo gratuitas, que vuestros actuales conciudadanos ejercen hoy contra una clase de hombres, que no tienen con los crimenes porque se les castigan, otra relacion que la de un nombre que se les ha conservado, el de clérigo.

No tomamos de la historia todas las lecciones de moral que pudieramos sacar de ella. Por el contrario, si se observa con cuidado, puede servir para corromper nuestros espíritus y destruir nuestra felicidad. La historia es un gran libro abierto para nuestra instruccion; en todos los errores pasados, en todos los males que han afligido al género humano, tomamos lecciones de su sabiduria para lo futuro. Pero en un sentido enteramente opuesto, ¡no puede servir tambien á la perversidad, suministrar armas ofensivas y defensivas á los diferentes partidos que se formen en la iglesia y el estado, procurarles medios de perpetuar ó reanimar sus disensiones y animosidades, y atizar el fuego de todos los furors civiles! La historia, en la mayor parte, es un compuesto de todas las desgracias ocasionadas en este mundo por el orgullo, la ambicion, la avaricia, la venganza, la codicia, la sedicion, la hipocresia, un celo inconsiderado, y por toda la série de pasiones desordenadas que conmueven al pueblo: „estas tempestades furiosas, que sacuden al estado privado y quitan á la vida toda su dulzura,” son las verdaderas causas de estas tormentas; y la religion, la moral, las leyes, las prerrogativas, los privilegios, la libertad y los derechos del hombre son los pretextos; y siempre se ha tenido cuidado de presentarlos bajo la apariencia de un bien real. Desarraigar y arrancar del espíritu de los hombres todos los principios, contra los cuales se encaminan estos pretextos engañosos, no será ponerlos á cubierto de la tirania y de la sedicion. Si así lo hicieris, los privareis de todo lo que tiene algun valor en los

sentimientos humanos; pues así como todas estas cosas sirven de pretexto en las calamidades públicas, así tambien sirven de actores y de instrumentos ordinarios los reyes, sacerdotes, magistrados, senados, parlamentos, asambleas nacionales, jueces y gefes militares, porque no se remediaria el mal con declarar que ya no hubiese monarca, ministros de estado, ministros del evangelio, intérpretes de las leyes, oficiales generales, ni cuerpos municipales. Podreis variar estas denominaciones; pero las cosas subsistirán las mismas bajo otras formas. Los estados deben siempre ser depositarios de una cantidad de poder, ya sea en ciertas manos, ya sea bajo la denominacion que se fuere; y los hombres sábios aplicarán sus remedios á los vicios, y no á los nombres de las cosas; á las causas permanentes del mal, y no á los órganos momentáneos ni á los instrumentos pasajeros, por cuyo medio se hace. Obrar de otra manera es mostrarse sabio en la teoria é insensato en la práctica; y es cosa rara hallar en dos siglos que se suceden pretextos de un mismo carácter y desgracias de igual forma. La malignidad es muy varia en sus invenciones. ¡Vais á discutir su forma!... ya ha cambiado. El vicio tiene varios trages, y todos los dias los muda; solo su espíritu se transmite constantemente, y lejos de perder su actividad por estas metamórfosis perpetuas, parece que se renueva, que rejuvenece en cada mutacion y adquiere fuerzas mas temibles. Mientras atais su cadáver al patíbulo, ó le abris un sepulcro, prosigue sus estragos sin que podais descubrirlo creyendo vosotros que ya no ecsiste. Apariciones de fantasmas son el objeto de vuestros terrores mientras que vuestra casa es la madriguera de ladrones. Esto es lo que sucede á todos aquellos que no penetrando mas allá de la corteza y cubierta exterior de la historia, piensan que hacen la guerra á la intolerancia, al orgullo, y á la crueldad, mientras que ellos mismos só pretexto de abominar todos los principios peligrosos de las facciones antiguas, en otras diferentes y acaso peores autorizan, renuevan y fomentan estos vicios detestables.

Vuestros artesanos de París se prestaron en otro tiempo á ser los instrumentos bárbaros en la matanza de todos los secretarios de Calvino, en aquella infame noche de S. Barthelémí. Y ¡qué diríamos nosotros á los que pudieran tener hoy dia el pensamiento de hacer experimentar á los parisienses, por via de represalias, las abominaciones y horrores de este tiempo? Ellos

seguramente abominan por sí esta matanza, y por feroces que sean no es difícil hacerselas detestar, porque los predicadores políticos del día no tienen interés en dar á sus pasiones una dirección del todo semejante, al paso que lo tienen en alejar de su corazón estas disposiciones bárbaras. Hace algún tiempo que hicieron representar en el teatro todas las escenas de esta misma matanza para recrear á los descendientes de los que la ejecutaron. En esta farsa trágica se presentó al cardenal Lorraine con todas las vestiduras pontificales dando la orden de un degüello general. Y este espectáculo ¿se dió á los parisienses para inspirarles horror á la persecucion y aversion á la efusion de sangre? No: fue para enseñarlos á perseguir á sus propios pastores, fue para excitarlos á perseguir con mas ardor y animosidad al clero, inspirando la aversion y horror contra este orden, que si es necesario que ecsista, no solo debe ecsistir seguro, sino ser tambien el objeto de la veneracion. Se les ofrecia el atractivo de la variedad para avivar sus carnivoros apetitos, (que deberian ya estar bien hartos) y para tenerlos alertas al primer grito que se diera de muertes y asesinatos, si esto entraba en los proyectos de los Guises de estos tiempos. Y una asamblea, en la que tomaba asiento una multitud de prelados y sacerdotes, ¿se ha visto obligada á tolerar, á sus mismas puertas, una indignidad como esta? ¿No ha sido enviado á galeras el autor, ni los actores á la casa de correccion? Poco tiempo despues se presentaron los cómicos en la asamblea reclamando los derechos de esta misma religion que se habian osado á rechazar, y mostrando eu el senado sus caras prostituidas, mientras que el arzobispo de París M. de Juigné, que no era conocido del pueblo sino por sus oraciones y bendiciones, prelado cuyas rentas se podian calcular por la estension de sus limosnas, se veia obligado á abandonar su palacio y á huir lejos de su rebaño, que se habia transformado en rabiosos lobos; y esto porque el cardenal Lorraine fue rebelde y asesino en el siglo diez y seis.

Tal es el uso pérfido que han hecho ciertos hombres de las lecciones de la historia desfigurada, por salirse con sus proyectos criminales; y ved como han pervertido todos los otros ramos de los conocimientos humanos. Pero los que sean capaces de elevarse á aquellas alturas, en donde reina la razon, cuya vista domina sobre todos los siglos; aquella razon que mira

las cosas en su verdadero punto de vista, y no considera sino el carácter moral de todas las acciones humanas, dirán á estos doctores del Palacio Royal: „El cardenal Lorraine fue el asesino, „sino del siglo diez y seis; y vosotros teneis la gloria de ser los „del diez y ocho; he aqui toda la diferencia.” Mas yo aseguro que la historia en el siglo diez y nueve, mejor explicada y comprendida enseñará á la posteridad civilizada á detestar las iniquidades de estos dos siglos bárbaros. Enseñará á los sacerdotes y magistrados verdaderos á no ejercer por via de represalias sobre los ateos puramente especulativos de los tiempos futuros todas las crueldades que cometen hoy día los amantes fanáticos de este error funesto. Enseñará á la posteridad á no declarar la guerra á la religion ni á la filosofia porque los hipócritas de una y otra hayan abusado de estos dos beneficios, los mas apreciabiles que pudo jamás concedernos la bondad del protector universal, que en todo favorece y protege eminentemente á la especie humana.

Si vuestro clero, ú otro cualquiera, en sus debilidades traspasaba los limites que se han permitido á la fragilidad humana; si sus faltas escedian á aquellas que son inseparables de las virtudes prácticas, yo admito que sus vicios aunque no puedan justificar el ejercicio de la opresion, no obstante disminuirian mucho nuestra indignacion contra los tiranos que se desviarán de la moderacion y la justicia en sus castigos. Por lo que á mí toca, yo concedo á los eclesiásticos, de cualquiera secta que sean, alguna tenacidad en sus propias opiniones, algunos descarríos de su celo por propagarlas, alguna predileccion á su estado y sus funciones, algun apego á los intereses de su corporacion, algunas preferencias para con aquellos que siguen dóciles su doctrina, respecto de los que los desprecian y ponen en ridiculo. Les concedo todo esto porque soy hombre y no trato sino con hombres, y porque no querria por el exceso mismo de tolerancia llegar á ser el mas intolerante de todos los seres. Mientras las imperfecciones no degeneren en crímenes, debo aprender á tolerarlas.

Ciertísimamente, el progreso natural de las pasiones, y el tránsito de la fragilidad al vicio deberian prevenirse por una sobrevigilancia activa, y reprimirse por una mano severa. Pero es verdad que el cuerpo de vuestro clero haya traspasado los limites de la justa indulgencia, de que yo hablo? Si debiera uno

atenerse á vuestros últimos folletos de toda clase, y á su estilo en general, se inclinaria á pensar que vuestro clero en Francia era una especie de monstruo, un compuesto horrible de supersticion, ignorancia, holgazaneria, fraude, avaricia y tirania. ¿Pero esto es verdad? ¿Es verdad que el transcurso de los años, la cesacion del choque de intereses, y la esperiencia desgraciada de los males que resultan de los furores del espíritu de partido, no han influido gradualmente en manera alguna sobre la mejora de su espíritu? ¿Es verdad que repite sin cesar sus ataques al poder civil, que turba su pátria en lo interior, y que enorva y hace precarias todas las operaciones de su gobierno? ¿Es verdad que el clero de nuestros dias ha hecho gravitar una mano de hierro sobre los laicos, y que ha encendido en todas partes el fuego de una persecucion bárbara? ¿Ha inventado fraudes para aumentar sus posesiones, y ha escogido nunca mas de lo que se le debia sobre su producto legítimo? ¿Ha convertido alguna demanda legítima en una concusion opresiva, haciendo que el derecho degenera en injusticia? Cuando estaba sin autoridad ¿se le vió sedicioso é inquieto por los vicios que caracterizan la envidia celosa del poder? ¿Estaba inflamado de un espíritu de discordia, violento y díscolo, agujoneado por la ambicion de una soberania espiritual? ¿Estaba pronto á sublevarse contra los magistrados, á incendiar las iglesias y asesinar los sacerdotes de diversa opinion, á arruinar los altares y á abrirse un camino al imperio de la doctrina, al travez de las ruinas de un gobierno derrocado? ¿Se le ha visto lisongear algunas veces las conciencias y otras violentarlas á que se sustraigan de la jurisdiccion de las instituciones civiles, y se sometan á su autoridad personal, empezando con invocaciones á la libertad, y acabando por los excesos del poder?

Acabo de hacer una reseña de todos los vicios, ó á lo menos de una gran parte de todos los que se imputaban antiguamente y no sin algun fundamento al clero de todas las sectas, cuyos odios han dividido y destrozado por tanto tiempo la Europa entera.

Si se nota en Francia tan claramente como en otros paises, que todos estos vicios bien lejos de aumentarse se hallan á punto de ser olvidados, en vez de hacer al clero actual un cargo de los crímenes de todos los hombres que ecsistieron en otro tiempo, y de atribuirle un caracter que no convenia sino á una época que

en el pasado ya, se deberia en toda equidad alentarle y protegerlo por haberse desprendido enteramente de un espíritu tan desfavorable á sus predecesores, y aplaudirlo por haber adoptado un espíritu y costumbres mas conformes á la santidad de sus ministerios.

Casi al fin del último reinado fué cuando tuve ocasion de ir á Francia; y el clero bajo todas sus formas ecsitó en gran parte mi curiosidad. Bien lejos de oír quejas y disgustos, como debia esperarme segun lo que habia leído en algunas obras, no escuché ninguna declamacion pública ni privada, si no es entre cierta clase de hombres poco numerosa, aunque muy activa. Llevando mas lejos mis indagaciones, hallé casi siempre al clero compuesto de hombres de un espíritu moderado y de unas costumbres honestas; en este número comprendo los regulares y seculares de ambos sexos. No tuve la dicha de relacionarme con muchos curas; pero en lo general recibí los mejores informes sobre sus principios de moral, y sobre su celo en llenar sus deberes. Contraje conexiones con algunas personas del alto clero, y tuve las mejores noticias sobre el resto de esta clase. Casi todos los que la componen son hombres de noble cuna, que imitaban á todos los de su rango; y cuando noté algunas diferencias, las hallé en su favor: su educacion era mas completa que la de la nobleza militar, en la que se hallaban muchos que empañaban el brillo de su profesion por su ignorancia, ó por alguna falta de aptitud en el ejercicio de su autoridad. Yo ví en ellos, ademas del caracter clerical, nobleza y generosidad; sentimientos de un gentil-hombre y de un hombre de honor; nada de servil, nada de altivo en sus maneras ni en su conducta. En mi concepto, realmente componian una clase del todo superior, como de hombres selectos, entre quienes no os habria sorprendido hallar un *Fenelon*. Yo ví en el clero de Francia hombres, (que no abundan de esta clase en ninguna parte) de gran saber y de un candor perfecto; y me sentí precisado á creer que esta ventaja no era esclusiva á la capital. Las concurrencias que tuve en otros lugares del reino, por haber sido casuales, pueden mirarse como ejemplos, que puedo citar en favor de todo el órden. Me mantuve algunos dias en una capital de provincia en casa del obispo, en cuya ausencia pasaba yo las noches en compañía de tres eclesiásticos, sus vicarios generales, hombres que hacian honor á toda la iglesia, y todos tres muy instruidos. Dos de ellos poseian una erudicion

profunda y general; así en la historia antigua como en la moderna, en las ciencias orientales igualmente que en las de todos los países occidentales, y mas particularmente en todo lo relativo á su profesion. Tenian un conocimiento de los teólogos ingleses mucho mas estenso de lo que me prometia, y disputaban con mucho juicio, sagacidad y crítica sobre el genio de estos escritores. Uno de estos señores, que era el abad Morangies murió despues: y yo tributo con placer este homenaje á la memoria de esta noble, sabia, respetable y escelente persona. Igual satisfacción experimentaré al hacer una justicia semejante al mérito de los otros dos, que creo viven todavia, si no temiera, nombrandolos, perjudicar á unos entes desgraciados, á quienes no tengo el consuelo de poderles ser útil.

Algunos de estos eclesiásticos de alto rango eran acreedores por todos títulos á un respeto general. Tienen derecho á mi reconocimiento y al de muchos ingleses; y si alguna vez cae en sus manos esta carta, me prometo quedarán bien persuadidos de que en nuestra nacion hay hombres que con una sensibilidad nada comun toman parte en el dolor que debe inspirar su destruccion injusta, y la cruel confiscacion de sus bienes. Mi voz en este momento, quanto puede hacerse escuchar una voz débil, da testimonio á la verdad; y la repetiré todas las veces que oiga hablar de esta monstruosa persecucion. No, nada podrá impedirme jamás ser reconocido y justo. El momento presente reclama este deber; porque cuando los que han servido bien al género humano y á nosotros gimen bajo el peso de las calumnias del pueblo y las persecuciones de un poder opresor, entonces debemos hacer mayor ostentacion de nuestra justicia y gratitud.

Antes de la revolucion contabais cerca de ciento veinte obispos, entre quienes se hacian notables algunos por un saber eminente y una caridad sin límites. Cuando se habla de una virtud heroica, todo el mundo entiende que se habla de una virtud rara. Los ejemplos de una depravacion excesiva, creo que eran mas raros entre ellos, que los de una perfeccion relevante. Pueden citarse algunos de avaricia y desarreglo, sobre cuyo punto no disputo con los que se deleitan en este género de descubrimientos. Ningun hombre de mi edad se admirará al ver que en cada clase de la sociedad hay algunos hombres que no han renunciado á las riquezas y placeres tanto como todo el mundo desearia que lo hicieran, y como algunas personas se

prometen de ellos; pero que ninguno se los exige con mas rigor que aquellos que son mas vigilantes sobre sus propios intereses y los mas indulgentes consigo mismos. Cuando estuve en Francia me cercioré de que eran pocos los preladados reprehensibles; si algunos eran menos arreglados en sus costumbres, compensaban con nobles cualidades lo que les faltaba de severidad en su virtud, y tenian aquellos talentos que hacen á los hombres útiles al estado. Oí decir que Luis XVI., escepto en muy pocos casos, habia atendido mas que sus predecesores á pesar el mérito de los individuos antes que elevarlos á esta dignidad; y lo creo así en vista del espíritu de reforma que dominó en todo su reinado; cuando, por el contrario, el poder que hoy gobierna no se ha mostrado dispuesto á otra cosa que á robar la iglesia. Ha castigado á todos los preladados; y esto en punto de reputacion, es favorecer á los viciosos. Ha hecho una ratera distribucion de los salarios, lo que impedirá á todo hombre de espíritu elevado y de condicion noble, destinar sus hijos á este estado, que solo ha quedado en lo sucesivo para la clase inferior del pueblo. Como vuestro clero no es bastante numeroso para llenar los deberes que le incumben, que ademas son nimios y penosos; y como no dejan ninguna libertad á la clase media; resulta que con el tiempo toda ciencia y toda erudicion será desterrada de la iglesia galicana. Para dar la última mano á la ejecucion del proyecto, se ha decidido sin consideracion alguna á los derechos de los señores patronos, que de hoy en adelante todos los nombramientos se hagan por elecciones; disposicion que alejará á todos los hombres moderados de la profesion eclesiástica; que alejará tambien á todos los que pretendian conservar la independencia en sus funciones y conducta; y abandonará el cuidado de la direccion del espíritu público en manos de una banda de miserables licenciosos, emprendedores, astutos, facciosos y aduladores, tales por su condicion y género de vida que no se averguencen de hacer un objeto infame de la opcion de estos despreciables salarios que se les asignen; salarios que parecerán lucrativos y honrosos en comparacion de las gratificaciones de un encargado del resguardo. Los oficiales, á quienes todavia llaman obispos, serán elegidos mediante unos procedimientos igualmente bajos con respecto á esta dignidad; y estos mismos artificios, los de las elecciones, se emplearán para elegir hombres de todas las creencias conocidas, ó que puedan inventarse. Acerca

de las funciones que deberán llenar relativamente á la naturaleza de la doctrina y de la moral, nada han decretado vuestros nuevos legisladores, ni tampoco con respecto á las del clero de órden inferior, á escepcion unicamente de que una y otra clase del mismo pueden, á discrecion, practicar ó predicar cuanto les agrade en punto de religion; ni veo todavia qué jurisdiccion ejercerán los obispos sobre sus súbditos, ni aun si deben tener alguna.

En fin, señor mio, se dirá que esta nueva constitucion eclesiástica durará poco; que es solamente preparatoria de la destruccion futura y completa de la religion cristiana, de cualquiera naturaleza que esta sea, y que cuando los ánimos de los hombres esten bastante preparados, será tiempo de darla el ultimo golpe: y ciertamente, el desprecio universal á que han sido condenados sus ministros, es una prenda segura del suceso. Los que no quisieran creer que los filósofos fanáticos que dirijen estas arterias, habrian formado su plan mucho tiempo antes, conocerian muy poco su caracter y manera de obrar. Estos entusiastas no tienen escrúpulo en confesar que, en concepto de ellos, un estado puede subsistir mucho mejor sin ninguna religion que con una sola, y que son capaces de llenar el vacio de todo el bien que ella puede procurar, mediante un proyector de su invencion, á saber, mediante una especie de educacion que se han imaginado, fundada en el conocimiento que tienen de las necesidades fisicas de los hombres y conduciéndolas por grados al interes personal que, bien entendido, se identifica con otro mas estenso, es decir con el interes público. El plan de esta educacion hace largo tiempo que se conoce; pero de poco acá se ha presentado bajo un nombre nuevo, el de *educacion cívica*: porque estos señores han adoptado una nomenclatura entera de términos técnicos.

Me prometo que sus partidarios en Inglaterra, á quienes acuso de inconsideracion en su conducta, antes que sospecharan imitarlos en sus detestables designios, no lograrán el pillage de la iglesia, ni la idea de introducir los principios de una eleccion popular en la provision de obispados y parroquias. En el estado actual de cosas, esto sería el último término de la corrupcion de la iglesia y el último grado de la ruina del caracter eclesiástico; y este choque sería mas peligroso al estado que ninguno de los que ha resentido hasta ahora en las discusiones ocasionadas sobre religion. Sé muy bien que bajo el patronato de

rey, ó el de los señores, tales como subsisten uno y otro en Inglaterra, y como subsistian ultimamente en Francia, se ha visto algunas veces optarse obispados y curatos por unos medios que no eran laudables: pero el otro modo de pretender los empleos eclesiásticos está infinitamente mas espuesto á todos los manejos oscuros de una vil ambicion, que produce muchos mas desórdenes en proporcion de la multitud mas numerosa de aspirantes, á quienes atormenta.

Los que han despojado al clero entre vosotros se imaginan, que todas las naciones protestantes aprobarán facilmente su conducta, porque el clero que han robado, degradado y entregado al desprecio é irrision, es católico romano, es decir, de su propia pretendida creencia. No dudo que aquí, lo mismo que en otras partes, se encuentran algunos hipócritas que detestan las sectas que difieren de la suya, sin que por eso amen ellos mas la sustancia misma de la religion; y se enconan tanto mas contra los que se apartan de sus planes y sistemas particulares, cuanto es menor la aversion que ellos tienen ácia aquellos que atacan la base de nuestras esperanzas comunes. Estos hombres escribirán y hablarán sobre este asunto del modo que es de esperar, segun su honor y su carácter. Burnet dice, que hallándose él en Francia en 1703, „el medio que hizo desertar del lado del papismo „á los hombres de mayor mérito, fue tomar el partido de dudar „de todos los dogmas de la religion cristiana; y que hecho esto „les era indiferente escoger ó seguir cualquiera lado ó partido en su profesion exterior.” Si tal era entonces la política de Francia, hoy tiene esta mucha razon para arrepentirse; porque habiendo preferido el ateismo á una forma de religion que no se avenia con sus ideas, y habiendo logrado destruir esta forma, el ateismo á su vez ha venido á destruirla á ella. Estoy bastante inclinado á creer el testimonio de Burnet, porque he notado que aun entre nosotros hay mucho de este espíritu (un poco de este equivale á mucho) y ademas esta tendencia es general.

Los que dirijan la reforma de nuestra religion en Inglaterra, en nada se parecian á vuestros sabios reformadores de Paris; tal vez estaban mas sometidos de lo que era de desear á influjo del espíritu de partido, pareciendose en esto á los del bando opuesto de aquellos, aunque con la diferencia de que tenían una creencia sincera. Erau hombres de una piedad fervo-

rosa y exaltada, y estaban prontos á morir, como en efecto murieron muchos, por defender con heroismo sus ideas particulares acerca del cristianismo; lo que habrian hecho con igual valor y mas serenidad en defensa del tronco de aquella verdad universal, por cuyas ramas combatian á costa de su sangre; y habrian desechado con horror á todas aquellas gentes que hubieran querido asociárseles sin llevar consigo otros títulos, que el de haber robado á las personas con quienes habian entablado controversia, y el de haber despreciado la religion, por cuya pureza se esforzaban ostentando un celo que daba á conocer, de un modo inequívoco, el respeto que tributaban al fondo mismo del sistema que deseaban reformar. Muchos de sus descendientes han conservado el mismo celo; pero como han tenido menos que combatir, son mas moderados, y no olvidan que la compasion y la justicia son partes integrantes de la religion; al paso que los impíos no hacen su causa mejor ni mas recomendable por las iniquidades y crueldades que cometen con sus conciudadanos de cualquiera clase que sean.

Oímos á estos nuevos maestros vanagloriarse sin cesar de su espíritu de tolerancia. Tolerar todas las opiniones cuando se juzga que no hay una digna de estimacion, seguramente no es mérito. Un menosprecio igual no es una bondad imparcial, ni la benevolencia que viene del desprecio es una caridad verdadera. Tenemos en Inglaterra muchas personas poseidas de un verdadero espíritu de tolerancia, las cuales creen que los dogmas de todas las religiones tienen su importancia, aunque en grados diferentes; y que algunos, como en todas las cosas estimables, merecen la preferencia; por tanto hacen paciencia y toleran, pero no por un espíritu de desprecio á las opiniones, sino porque respetan la justicia, de manera que desearian proteger con respeto y amor todos los cultos, porque aman y veneran el gran principio en que todas las religiones convienen, y el grande objeto á que todas se dirijen. Estas personas descubren cada dia mas de una manera evidente, que todos tenemos una causa comun, puesto que es contra un comun enemigo; y no se han descarriado lo bastante por el espíritu de faccion, para no discernir los hechos en favor de su propia creencia, de aquellos actos de hostilidad, que dirijiéndose al parecer contra una clase particular, atacan realmente todo el cuerpo de la iglesia, en que todos estamos comprendidos bajo diversas denominaciones, sean cuales fueren. No

es posible decir cual pueda ser el caracter de cada especie de hombres entre nosotros; pero hablando de la generalidad debo deciros en su nombre, que el sacrilegio no entra en la doctrina de sus buenas obras; y que bien lejos de convidaros por ese título á su creencia, para que vuestros profesores fuesen admitidos en su comunión, seria necesario que ocultasen con cuidado esa doctrina que establece como justa la proscripcion de hombres inocentes y que restituyesen todos los bienes que han robado. De lo contrario jamás serán de los nuestros.

Podéis dar por supuesto, que no aprobamos la confiscacion que habeis hecho á vuestros obispos, deanes, cabildos y curas, de las rentas independientes que gozaban sobre el producto de las tierras, porque nosotros tenemos en Inglaterra la misma clase de establecimientos; pero supondreis tambien que esta desaprobacion no tiene lugar con respecto á la confiscacion de los bienes de monjes y religiosas, así como tampoco en cuanto á la abolicion de estos órdenes. Es verdad que esta parte de vuestra confiscacion general no es un ejemplo que seduce á la Inglaterra; pero el principio es aplicable á todo, y se estiende lejos. Nuestro parlamento confiscó las tierras de los deanatos y cabildos conforme á las mismas ideas que han hecho poner en venta los bienes de los órdenes religiosos; pero aquí el peligro está principalmente en el principio de la injusticia, y no en la calidad de las personas sobre quienes se ejerce; y yo veo que en una nacion la mas vecina á la nuestra se sigue una marcha política que ataca por todas partes á la justicia, á este interes universal de todo el género humano; que la posesion, la ley y el uso son nada á los ojos de esta asamblea nacional; yo veo que esta reprueba absolutamente la doctrina de la prescripcion, que segun la autoridad de vuestros propios jurisconsultos, estamos impuestos á mirarla como una parte de la ley natural. Domat nos enseña, que la demarcacion cierta de los límites de la prescripcion, y su seguridad contra la invasion, fué una de las principales causas porque se estableció la sociedad civil. Si alterais una vez la prescripcion, ya no hay ninguna especie de propiedad que pueda estar segura desde el momento en que llegue á ser bastante considerable para escitar la codicia de un poder indigente. La conducta que se observa en Francia corresponde perfectamente con el desprecio que ha hecho la asamblea de esta parte integrante de la ley natural. Yo veo que las confiscaciones han comenzado por los obis-

pos, los cabildos y monasterios; pero no veo que paren aquí. Yo veo á los príncipes de la sangre, que segun los usos mas antiguos del reino tenian grandes heredamientos, privados de sus pensiones (apenas con los honores de un debate) en vez de gozar de sus propiedades independientes, reducidos á la esperanza de una pension precaria y de caridad, porque así lo quizo una asamblea, que podia no haber tenido mucho miramiento con los derechos de estos pensionistas, puesto que ha despreciado los de los propietarios segun la ley. Vuestros legisladores ecsaltados por la insolencia de su primera y humillante victoria, provocados por las desgracias mismas que ocasionó su codicia impia, burlados en su esperanza, mas no por eso desalentados, al fin se han abandonado enteramente á la subversion de toda clase de propiedades en toda la estension de un gran reino; y han obligado á todos los hombres, á que en todas las operaciones de su comercio, en la enagenacion de sus tierras, en los contratos civiles, y en todas las relaciones de la vida acepten, como un pago perfecto y un ofrecimiento bueno y legal, los símbolos de sus especulaciones sobre la venta proyectada del pillage. ¿Qué rastros de libertad, ó de propiedad han dejado? Nuestro parlamento ha tratado con mas respeto la sombra misma de la propiedad en las cosas mas viles, que vosotros las posesiones mas importantes y antiguas en manos de los personajes mas respetables, ó los intereses reunidos de vuestros capitalistas y negociantes. Nosotros respetamos la autoridad legislativa; pero jamás hemos soñado que los parlamentos tuviesen algun derecho de violar la propiedad, destruir la prescripcion, ó sustituir la circulacion forzada de una moneda de su invencion, á la de otra que es efectiva y reconocida por la ley de las naciones. Pero vosotros, habiendo comenzado por no querer someteros á una sujecion mas moderada, habeis acabado por establecer un despotismo inaudito. He descubierto la base en que se apoyan vuestros despojadores. Seguramente no hay tribunal que pueda aprobar sus procedimientos; pero dicen que las reglas de la prescripcion no pueden atar las manos á una asamblea legislativa. Así pues, esta asamblea legislativa de una nacion que se dice libre, no se ha reunido para la seguridad, sino para la destruccion de las propiedades, y no solo de la propiedad sino tambien de toda regla ó máxima capaz de darla estabilidad y del único instrumento que puede mantenerla en circulacion; la especie amonedada ó numerario.

Cuando los anabaptistas en el siglo diez y seis, con sus opiniones y sistemas bárbaros de igualdad sobre las propiedades llevaron la confusion por toda la Alemania, ¿qué region de Europa no se alarmó justamente, temerosa de los progresos de su furor sistemático? No hay cosa que inspire mas terror á la sabiduria que el fanatismo epidémico, porque de todos los enemigos este es contra el que menos puede emplear ella ninguna especie de recursos. Bien conocido es el espíritu fanático de ateísmo que se inspiró mediante una multitud de escritos esparcidos profusamente sin limitacion de gastos, con una actividad increíble y aun por medio; de arengas en todas las calles y plazas mas concurridas de Paris bien sabido es que estos escritos y discursos han dado al pueblo una atrocidad de espíritu negra y feroz, que domina los sentimientos inspirados por la naturaleza, la moral y la religion, hasta el punto de hacer que los infelices seducidos se sometan con obstinado sufrimiento á los infortunios insoportables que han acarreado los trastornos y convulsiones en las propiedades. Tras de espíritu de fanatismo viene siempre el de proselitismo: (1) así es que estos señores han establecido sociedades para atraer muchos á su partido y mantener correspondencia, tanto en lo interior como con e extranjero en favor de la propagacion de sus principios. La república de Berna, una de las regiones mas felices de la tierra, de las mas florecientes y mejor gobernadas, es uno de los principales objetos cuya destruccion maquinan: y se me ha dicho que han logrado sembrar allí el germen del descontento hasta cierto punto; que están muy ocupadas en toda la Alemania. En España é Italia no pueden hacer tentativas.

[1] No sé si es ó no verdadera la relacion siguiente; pero los que la han publicado desean que se crea tal, á fin de escitar en todos los hombres los mismos sentimientos. En una carta escrita de Toul, é inserta en los papeles públicos, se lee el siguiente pasage relativo á este distrito. „Los habitantes de aquí, en la revolucion actual, se han resistido á todas las seducciones de la hipocresia, á todas las persecuciones y chismes de los enemigos de la revolucion. Olvidando sus mas caros intereses por rendir homenaje á las máximas que han determinado á la asamblea, ven sin quejarse la supresion de esta multitud de establecimientos eclesiásticos de que ellos subsistian, y aun la de la silla episcopal, único recurso que podian mas bien, decir en toda su vida, haberseles conservado; y con-